

Infierno helado

Las cañerías de plomo habían vuelto a congelarse. No asearse antes de ir a misa no era una opción, por lo que tuvo que bajar a la pila que surtía a la huerta. Tomó su toalla y al llegar apartó la delgada capa de hielo que cubría el agua. Cuando introdujo sus manos sintió como si miles de alfileres le atravesasen la piel.

Aquel crío echó a correr de vuelta a su habitación con la cara enrojecida por el frío. En aquella época del año, correr y temblar eran la única forma de calentarse, aunque el calor nunca entraba en él.

Al terminar de vestirse acudió junto con todos los demás hasta la iglesia, mientras las campanas sonaban. La rutinaria misa del padre Fabián consistía en un ininteligible discurso que no causaba ningún tipo de interés en él. Bajo la atenta mirada de San Cristóbal y el niño que porta, el máximo interés de los feligreses consistía en sacudir sus piernas y en frotarse las manos buscando algo de calor. Sin embargo, aquel crío no temblaba, ni le castañeaban los dientes. El escolar parecía tener algún tipo de interés en los pilares y en las bóvedas de la nave central, allí donde unos rostros de piedra los observaban. Parecía analizar aquellas toscas esculturas con una mirada dura, como si le produjesen algún tipo de temor. Decenas de ojos infantiles como los suyos habían escudriñado antes esas mismas esculturas, seguramente con el mismo temor.

Tras los anchos cristales que usaba el padre Fabián, se escondían unos pequeños ojos que, aunque casi opacados por los años, todavía advertían con la precisión de un ave de presa qué escolares prestaban la debida atención a la lectura de las escrituras. En aquella torcida mente, mientras leía mecánicamente los versículos de aquella gélida mañana, fraguaba los tormentos a los que sometería a los malos devotos durante la catequesis.

Eran muchas las patillas que habían sufrido tirones, y los dedos que habían probado su regla, pero si todo acababa ahí habían sido afortunados.

Durante la misa, el crío solo era capaz de imaginarse el alma del padre Fabián petrificada para toda la eternidad en lo más alto de los pilares que sostenían la bóveda de la iglesia. Condenada a ser observada por los ojos de todos. Seguramente debía haber

más de un infierno y aquel niño deseaba que el cura acabase por convertirse en un testigo de piedra, mudo e inmóvil obligado a ser observado por todos. Que todo el mundo fuese conocedor de los tormentos que en él había perpetrado.

El final de la misa produjo un alivio general, salvo en aquel crío de flequillo alborotado. Para el resto era el final de la homilía, para él era la entrada al infierno helado.

—Tú, acompáñame a la sacristía —le dijo el padre Fabián acariciándole su brazo izquierdo.